

DOI: 10.22403/UQROOMX/RMC09/05

THE YUCATÁN PENINSULAR ON THE ROAD TO MODERNITY (1970-1995)

OTHÓN BAÑOS RAMÍREZ
Universidad Autónoma de Yucatán

RÉSUMÉ

Dans cet article, nous prétendons signaler quelques uns des indicateurs qui rendent compte du processus de changement socio-culturel vécu dans la péninsule du Yucatan pendant les trois dernières décennies du XXe siècle. Du point de vue de la modernité, je souligne que la culture doit être analysée à partir de ses deux grandes dimensions: l'objective et la subjective ce qui nous amène à présenter une brève synthèse des changements survenus dans le substrat objectif ou matériel, ainsi que les expressions correspondantes revêtues par la culture subjectivée. Je montre ainsi que dans la péninsule du Yucatan a lieu un intense processus de changement qui vise la modernité, sans que les traditions aient été pour autant complètement abandonnées.

SAMENVATTING

Het artikel presenteert enige elementen die een verklaring bevatten van de socio-culturele veranderingen op het schiereiland van Yucatán gedurende de laatste drie decennia van de twintigste eeuw. Vanuit het concept van moderniteit wordt de cultuur op objectief en subjectief niveau geanalyseerd. Op deze manier worden de veranderingen kort beschreven, die plaatsvonden op het materieel niveau en de daarbij behorende nieuwe uitdrukkingen van de gesubjectieerde cultuur. De auteur beweert dat op het schiereiland van Yucatán een intensieve moderniseringsproces plaatsvindt zonder dat dit betekent dat de tradities volledig worden vergeten.

CRÍTICA

LA PENÍNSULA DE YUCATÁN EN LA RUTA
DE LA MODERNIDAD (1970-1995)

OTHÓN BAÑOS RAMÍREZ
Universidad Autónoma de Yucatán

RESUMEN

Este artículo pretende señalar algunos de los indicadores que dan cuenta del proceso de cambio sociocultural que experimenta la Península de Yucatán a partir de las últimas tres décadas del siglo pasado. Mediante un enfoque de la modernidad se señala que la cultura debe ser analizada a partir de sus dos grandes dimensiones: la objetiva y la subjetiva. De esa forma se presenta una breve síntesis de los cambios ocurridos en el sustrato objetivo o material y las correspondiente expresiones de las nuevas expresiones de la cultura subjetivada. Muestro con todo ello que en la Península de Yucatán se vive un proceso intenso de cambio que apunta hacia la modernidad, sin que esto signifique que las tradiciones han sido completamente abandonadas.

ABSTRACT

This article sets out to point out some of the indicators that account for the process of socio-cultural change that has been taking place in the Yucatan Peninsular during the last three decades of the twentieth century. By way of modernity theory I propose that culture should be analyzed in two major dimensions: the objective and the subjective. This paper therefore presents a brief summary of the changes that have occurred in the material or objective spheres, and the corresponding examples in the new expressions of the subjective culture. This evidence suggests that Yucatan is experiencing an intense process of change that moves towards modernity without completely abandoning regional traditions.

INTRODUCCIÓN

En la esfera rural de los países subdesarrollados una nueva dimensión cultural, moderna y planetaria tiende a ganar terreno y profundidad. El presente trabajo constituye un primer acercamiento, un tanto panorámico, al fenómeno de la modernidad, que recientemente cobró impulso en la península de Yucatán.¹ La literatura especializada (Appadurai, 1996; Giddens, 1994; Kumar, 1995; Luke, 1996; Solé, 1998) ha mostrado poco interés por los impactos de la modernización y la modernidad en regiones poco industrializadas y de baja concentración urbana, lo cual, a primera vista, parece lógico puesto que las ideas predominantes acerca de tales fenómenos apuntan fundamentalmente hacia el cambio tecnológico, industrial y urbanístico casi siempre localizados en las ciudades. Pocos como Harvey (1990) privilegian el otro proceso de cambio en las subjetividades colectivas que corre de la mano con el anterior, que se extiende hacia los espacios rurales por vías diversas.

En México la gran aportación al conocimiento, lograda por los estudios antropológicos mediante el enfoque “micro” del cambio sociocultural comunitario o, mejor dicho, de las tradiciones indígenas y campesinas mexicanas (Hewitt de Alcántara, 1988) está fuera de discusión. Diría en cambio, junto con Hiernaux (1993), que son contados los trabajos con un enfoque de la sociología de la cultura (visión “macro”) que abarquen espacios productivos y culturales interconectados entre vecinos y formando una región.

De por sí el concepto mismo de región,² provoca una discusión todavía vigente, pero no tengo aquí el espacio para sintetizar sus retos. No hablo de un vacío absoluto, quisiera dejar claro que para el caso de la península de Yucatán algunos estudios históricos sobre la cultura regional son sobresalientes (Farris, 1984; Joseph, 1986; Campos, 1995; entre otros). Empero, debido a que las condiciones tanto globales como locales han cambiado muy rápidamente, me refería particularmente al vacío del análisis en el nivel regional de los cambios socioculturales contemporáneos de las últimas tres décadas.

En este orden de ideas, me propongo señalar algunas transformaciones culturales que experimentan determinadas regiones de México y que se pueden atribuir a la modernización, me centro específicamente

¹ La península de Yucatán comprende los estados de Campeche, Quintana Roo y Yucatán.

² Véase Young, 1991.

en la península de Yucatán en las últimas tres décadas del siglo xx. Durante varios siglos, esta región permaneció marginada del desarrollo industrial y del urbanismo y, por consiguiente, la modernidad social no encontró los medios favorables para propagarse y desplazar a las tradiciones mayas. Recientemente, este escenario regional se ha visto envuelto por un proceso de cambio económico y social sumamente dinámico —equiparable, pero sin duda más amplio, al auge del henequén durante el último cuarto del siglo xix— y sobresaliente en el ámbito nacional.

De manera concomitante, muchas instituciones, costumbres e identidades tradicionales se han visto afectadas, aunque no necesariamente aniquiladas, por dicha modernización, que ha sido una mala copia de la europea y de la norteamericana; que ha quedado trunca y que ha sido desigual y excluyente, pero que ha permitido el paso a la diversidad cultural y, formalmente, no ha cancelado el derecho a la diferencia.

Algunos efectos, a veces tenues y frecuentemente polivalentes, pueden ser observados hoy día en la península yucateca, donde muchas de las tradiciones mayas que sobrevivieron con gran vigor durante siglos³ tienden a escapar de la memoria colectiva. Los mitos locales empiezan a ser remplazados por mitos externos del “Primer Mundo”, que llegan por la vía de imágenes vivas (turismo masivo) y de las imágenes *hollywoodenses* (la televisión).

MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD

Se puede decir que ni la modernización ni la modernidad son algo nuevo en la sociedad mexicana, pero ambos conceptos frecuentemente se prestan a confusión y, más todavía, se desconocen los enfoques sociológicos sobre el tema. No es necesario una revisión crítica exhaustiva del concepto de modernidad, pero debido a su popularidad (y de ahí su poliseimia), es preciso hacer algunas anotaciones mínimas para dejar claro a qué me estoy refiriendo. Existen reconocidos antecedentes de este tipo de enfoque sociológico, útiles a las ciencias sociales. Por ejemplo, a fines del siglo xix en Alemania, Georg Simmel quiso explicar el carácter de la nueva cultura (la modernidad) que observaba precedida por la modernización y su autonomía creciente frente a sus agentes creadores (Gil Villegas,

³ Para el periodo colonial véase Farris (1984) y para el periodo contemporáneo (Moseley y E. Terry, 1980).

1997, 35). Max Weber, por su parte, hizo lo suyo señalando que los avances de la modernización económica se acompañaban de repercusiones muy profundas en las instituciones tradicionales, tanto religiosas como políticas e incluso civiles, como la familia. Dichas repercusiones fueron englobadas en el concepto de secularización.⁴

Hay muchos otros ejemplos, como la obra del norteamericano Talcott Parsons, quien influyó sobre Gino Germani para que a principios de los años cincuenta éste llevara a cabo el primer estudio sociológico sobre el proceso de modernización y sus secuelas en América Latina (Germani, 1972). Y, si bien la información empírica y su enfoque teórico funcionalista han sido blanco de las críticas, demuestra la utilidad del concepto para entender los conflictos sociales y políticos que acompañan al desarrollo económico, especialmente los asociados a la emergencia de ciudades industriales sobrepobladas.

Algunos autores consideran que, en el periodo actual, la modernización tiende a minar crecientemente las bases de los lazos sociales, de los valores y las reglas del juego institucional, de las creencias, los imaginarios y los significados de las metas de las sociedades y actores sociales contemporáneos (Casas Mendoza, 1992; Calderón, 1995) de toda la sociedad, incluidas las de las áreas rurales. Desde hace varias décadas, en el medio rural mexicano avanza la modernización, no sólo económica y técnica sino también la modernidad social, enfrentándose a estructuras tradicionales cuyas capacidades de resistencia varían de una región a otra (Casas Mendoza, 1992).

Con un poco de asombro, Simmel observó algunas expresiones de la modernidad en la próspera ciudad de Berlín hace más de un siglo. Si se compara nuestra cultura —decía— con la de hace un siglo, entonces puede decirse con seguridad que las cosas que determinan y rodean nuestra vida, tales como herramientas, medios de transporte, productos científicos, artísticos y tecnológicos son extremadamente refinados. No obstante, la cultura individual, por lo menos en los estratos más altos, no ha progresado en la misma medida. Todos los días y por todas partes aumenta la riqueza de la cultura objetiva, pero la mente individual sólo es capaz de enriquecer las formas y contenidos de su propio desarrollo con un distanciamiento creciente frente a esa cultura y con un desarrollo

⁴ La modernidad sería la tensa conjugación de aquella secularización con una subjetividad centrada en valores de libertad, reproducción cultural e integración social (Calderón, 1995, 10).

de la suya propia a un ritmo mucho más lento. Claramente, para él la modernidad no sólo es un periodo nuevo de la historia universal sino, en lo fundamental, una actitud que no avanza pareja ni simultánea ni mucho menos linealmente.

Grosso modo, por modernización entiendo el proceso de expansión de la producción industrial y la aplicación de los avances tecnológicos para extender la gama de productos manufacturados que son utilizados en todo tipo de actividades del hombre contemporáneo. Modernización conlleva la idea de la aplicación del conocimiento racional, científico y tecnológico para superar los problemas del hombre y, por consecuencia, desde esta visión, el conocimiento tradicional se convierte en un conocimiento que es fuente de atraso y retroceso (Giménez y Pozas, 1994).

El concepto de modernidad, en cambio, hace referencia a las modificaciones en el ámbito de las instituciones y en el comportamiento que acompañan precisamente a la modernización. Se refiere a la intensidad mediante la cual los productos de la modernización son incorporados a la vida cotidiana, a la cultura de un país o una región determinada (Cheymol, 1994). Sostengo que el de modernidad es un concepto útil en tanto nos ayuda a entender un cambio de actitud de la población, el cual se refleja en nuevas prácticas colectivas, asociadas tanto con los procesos de descomposición y segmentación social producidos por la crisis económica y la fase histórica anterior, como con los cambios suscitados por la modernización a escala nacional, regional e internacional. Se trata, pues, de un movimiento con una fuerte carga monádica, cuyos principales rasgos se ven ligados a la producción de nuevos valores e identidades culturales (Casas Mendoza, 1992; Calderón, 1995).

Ni la modernidad ni la muy de moda globalización son periodos realmente nuevos de la historia mexicana, son más bien procesos complejos que dan cabida a un orden "postradicional", sin que esto signifique que las tradiciones y hábitos sean remplazados por la certeza del conocimiento racional (Giddens, 1991, 1). El término globalización se refiere al carácter abarcador de la modernización: a la extensión y alcances de los mecanismos de los mercados y los medios difusores de la economía capitalista preexistentes.

En grados variables, la globalización (económica y cultural) afecta no sólo las instituciones económicas sino también las culturales, como las comunidades y las familias. Incide, necesariamente, en el "orden tradicional" basado sobre todo en costumbres o tradiciones, por lo cual avanza lentamente ahí donde todavía sobreviven asentamientos étnicos cohesionados.

La literatura especializada enfatiza que tanto la globalización económica como la modernidad son fenómenos nuevos sólo en la medida en que aceleran el proceso de cambio cultural, en comparación con las etapas precedentes (Appadurai, 1996). Los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión, exacerbaban el anhelo de ser moderno, de estar todo el tiempo en tránsito, en la frontera entre el hoy y el ayer y, con ello, el trabajo de incontables generaciones incorporado al idioma y los hábitos, las instituciones comunitarias, se desplazan hacia una suerte de práctica folclórica (Casas, 1992).

Para analizar los alcances de la modernidad, según Simmel, es conveniente distinguir la cultura objetivada de la cultura subjetivada. La primera se encuentra constituida por el mundo de las formas culturales y sus productos, mientras la cultura subjetivada se constituye por la vida del alma de la personalidad, en cuanto representante de una síntesis de esas formas autónomas. La cultura objetivada es, pues, el ámbito de dominio de los objetos que funcionan en calidad de instrumentos para el cultivo del individuo; es el camino de formas objetivadas que debe recorrer el individuo para adquirir cultura.

La cultura subjetivada, en cambio, es más bien el estado de la personalidad o el alma individual en cuanto producto de tal proceso (Gil Villegas, 1997, 35-36). La dialéctica del cambio debe buscarse en la mutua influencia y contradicciones que se establecen entre estas dos dimensiones de la cultura.⁵ Esa es la misma idea que siguen Berger y Luckmann (1968) para analizar la construcción social de la realidad, al reconocer la dimensión objetivada y la subjetivada de la sociedad, las cuales tienen su propia dinámica y varían a lo largo del tiempo y del espacio históricos.

Como veremos más adelante, la experiencia de la península de Yucatán revela que sus habitantes, sin saberlo, se suben al “cabús” del tren mixto de la modernidad mediante el consumo conspicuo de productos e información proveniente del mundo industrializado. Junto con las profundas modificaciones en los patrones de organización territorial, la modernidad social se ha extendido hacia todos los rincones del país por medio de otras vías no económicas y que, por brevedad, denominaré

⁵ Los resultados de la modernidad que campea el planeta entero suelen ser contradictorios. Una mirada retrospectiva de la historia universal del siglo xx nos permite observar que la fuerza de la modernidad no ha guardado una relación positiva con los procesos de integración e igualdad social que suponían los utopistas del progreso (Appadurai, 1996; Kumar, 1995).

culturales: la educación formal, la televisión, la religión y la observación directa de imágenes urbanas.

Para acercarme a este proceso, primero presentaré algunos datos “de la realidad objetivada” relacionados con la población, el producto interno y la población económicamente activa del país en las últimas décadas, que nos muestran el carácter desigual de tal modernización. Y posteriormente, haré referencia a las consecuencias y resultados (“la realidad subjetivada”) que son distintos en unas partes respecto de otras. Un modelo cultural, y no sólo la pobreza, alienta el movimiento de personas hacia diversas regiones en busca de la felicidad perdida en sus propias comunidades de origen.

MODERNIZACIÓN EN LA PENÍNSULA DE YUCATÁN 1970-1995

La industrialización de México se concentró en algunas ciudades del Valle de México y en parte del norte del país,⁶ y sus efectos modernizantes poco se resintieron en el sur y en la península de Yucatán.⁷ A mediados del siglo xx, la integración de la península de Yucatán al resto del país había sido lenta y solamente cobró renovados bríos cuando las vías férreas locales se conectaron al sistema nacional, facilitando el desplazamiento de personas y de mercancías y una década más tarde se lograría la conexión por carreteras. Una vez conectada por vía terrestre al resto del territorio, la región se convirtió en el patio trasero del país, con una participación menor al tres por ciento del producto interno bruto nacional. El desarrollo regional siguió montado sobre la agricultura y la pesca, en un sector primario en franca decadencia, sin infraestructura productiva, como una extensión del mercado interno para las industrias por lo general localizadas en el Valle de México.

Durante el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976), se impulsó la creación de parques industriales en cada una de las entidades federativas

⁶ Históricamente, la frontera norte se había caracterizado por su baja densidad poblacional y por la presencia muy escasa de grupos indígenas, y su vecindad con los Estados Unidos ha influido en su orientación económica. Recientemente, por el endurecimiento de las medidas antiinmigratorias y la instalación de cientos de maquiladoras, dicha región creció más que cualquier otra y es sin lugar a dudas la más sensible a los vaivenes económicos y culturales que vienen del “Primer Mundo”.

⁷ Este proceso de fragmentación de varios “Méxicos” está ampliamente documentado, no necesita mayor demostración (Zepeda Patterson, 1988)

y se procuró ampliar la infraestructura del transporte para comunicar a las zonas marginadas tanto de la industrialización como del urbanismo. Otro programa específico del gobierno para estimular la descentralización fue la creación e impulso de polos turísticos. En una coyuntura nacional en la que la estrategia de desarrollo industrial por sustitución de importaciones estaba deslegitimada, secundada por una caída de la producción de granos básicos y por una crisis económica generalizada; la península de Yucatán sufriría una rápida transformación social, profunda e inédita.

Una de las palancas fundamentales de la modernización económica fue la puesta en marcha, al comenzar los setenta, del megaproyecto turístico denominado Cancún y más tarde, ya en la década de 1980, la expansión de la producción petrolera en la Sonda de Campeche. Por su parte, la introducción de caminos y posteriormente de la energía eléctrica en el medio rural, que coincidió con la expansión y desarrollo de los medios electrónicos de comunicación, fueron factores que aceleraron el proceso de modernización social hacia el medio rural que, como veremos más adelante, subordinó la experiencia y se apropió del universo simbólico tradicional maya (Re Cruz 1996; Mossbrucker, 1994).

En lo económico, el ingreso promedio por habitante se incrementó notoriamente sin que esto significara un mejor nivel de vida para las mayorías. Según un estudio de Garza y Rivera (1995), el ingreso *per cápita* anual de la península de Yucatán pasa de 539 dólares en 1970 a 1 604 dólares en el año de 1990. Desde luego, hay que hacer un mínimo de consideraciones acerca de este promedio. Por ejemplo, en Campeche, el ingreso promedio de la mayoría de la población ha sufrido un aumento muy modesto. En cambio el ingreso *per cápita* de 1980 a 1990 se dispara de 818 dólares a 4 111 dólares, principalmente a causa de la explotación petrolera. Los altos salarios son recibidos solamente por una elite de técnicos ligados directa o indirectamente a Pemex. En Quintana Roo, en cambio, el ingreso *per cápita* tiende a estar menos concentrado, aunque siempre se mantiene marginada la población rural y especialmente la población rural del sur de la entidad. Aquí el salto se registra de 1970 a 1980, pasando de 685 a 1 218 dólares y en la década siguiente solamente se eleva a 1 359 dólares. En el caso de Yucatán, dicho ingreso *per cápita* ha permanecido sin grandes alteraciones durante estas dos décadas. De 506 dólares en 1970 (el más bajo de los tres estados de la península) pasó a 707 dólares en 1990. Por la vía del consumo, la modernización ha alcanzado a prácticamente todas las esferas de la sociedad (rural y urbana) y no solamente al sector económico.

Las bases materiales y económicas de una región, si no son los únicos soportes de los cambios culturales, constituyen un ingrediente que no quisiera dejar de lado en este ensayo. Enseguida presentaré un panorama general de cada una de las entidades federativas que componen la península, para luego analizar algunos indicadores sobre la presencia de la modernidad entre los pobladores rurales.

Campeche

Campeche era una entidad básicamente agrícola y pesquera que mantuvo un ritmo de crecimiento poblacional por abajo de la media nacional, era un estado típicamente expulsor de mano de obra. No obstante, de 1970 a 1980 brinca de 251 556 a 420 553 habitantes, con una tasa promedio de crecimiento anual de más de cinco por ciento. Para el año de 1990 registró un índice de 13 por ciento de analfabetismo, uno de los más altos de la República.

Debido a la estrecha relación histórica entre Campeche y Yucatán, la mayor parte de la población rural y maya se concentró en la región norte y este de la entidad. Más recientemente, durante los primeros años de la década de los setenta, se llevó a cabo un programa de colonización en los municipios de Escárcega, El Carmen y Palizada (estos dos últimos al sur de la entidad). A los colonos se les brindó tierra, crédito y muchos otros apoyos para aprovechar los recursos naturales disponibles. Incluso, mediante una cuantiosa inversión federal, se activaron miles de hectáreas para la producción de arroz. En algún momento llegó a ser la segunda entidad productora del país de este grano básico.

El sector pesquero fue durante varias décadas uno de los más importantes de la entidad y llegó a tener el primer lugar en la producción y exportación de camarón dentro de los estados del Golfo de México. La flota pesquera estuvo originalmente en manos de los armadores y se fundaron varias cooperativas pesqueras. Posteriormente, durante el periodo presidencial de José López Portillo, la flota pesquera campechana se nacionalizó y los barcos pasaron a manos de las cooperativas de pescadores. Esta nueva organización no resultó mínimamente eficiente y los resultados fueron desastrosos; burocratismo y corrupción se conjugaron para que el sector pesquero viniera a menos, mientras por otro lado se extendía la infraestructura de Pemex en la Sonda de Campeche.

La pesca en general ha perdido importancia en la entidad: en 1970 se produjeron 22 232 toneladas; en 1980 se alcanzó el punto más alto, 53 624 ton; y para 1990 cayó nuevamente a 41 531 toneladas. De este total, el camarón es el que más ha perdido: 1970, 8 775 ton; 1978, 23 145 ton; 1979, 18 754 ton; 1980, 10 439 ton; 1988, 11 987 ton; 1990, 8 230 ton; 1998, 1 761 ton. La industria camaronesa se desplomó en forma dramática.

“De 1978 a la fecha, la captura de camarón en la Sonda disminuyó de 23 145 a sólo 1 761 toneladas. En ese periodo desaparecieron 18 congeladoras y 25 cooperativas que generaban en conjunto 15 000 empleos” declaró Francisco Romellón Pérez, vicepresidente de la delegación de la Cámara Nacional de la Industria Pesquera.⁸ A ciencia cierta, no se sabe qué tanto ha contribuido al desplome de la industria pesquera la mala administración de las cooperativas pesqueras camaronas y qué tanto la nueva y creciente actividad petrolera, que tomó a la Sonda de Campeche por asalto a fines de la década de los setenta.

Campeche tiene hoy aproximadamente 300 pozos petroleros que extraen el crudo de la Sonda de Campeche. En las 127 plataformas marinas laboran 5 400 técnicos. Se dice que esta zona posee el 46 por ciento de las reservas probadas de crudo y genera el 75 por ciento de la producción nacional. Este sector es el más importante en cuanto a la generación del producto interno local, pero genera muy pocos empleos directos y, de hecho, ha afectado negativamente al sector económico tradicional que era el de la pesca.

En Ciudad del Carmen se encuentra el centro de operaciones petroleras, por lo que la ciudad ha sufrido un acelerado proceso de cambio social, especialmente en materia de crecimiento poblacional. Las otras regiones de la entidad, como el llamado “camino real” (carretera Campeche-Mérida) y Escárcega-Candelaria, experimentan un proceso de transformación más lento sin abandonar la agricultura tradicional (Faust, 1998).

La situación socioeconómica de Campeche es mucho más compleja y no viene al caso extenderme demasiado en aspectos políticos. Subrayo no obstante que, por el fuerte impacto de la extracción petrolera, la estructura económica de la entidad ha sufrido modificaciones significativas. Por todos los rumbos de la entidad se observa una diversidad productiva y ocupacional que son el soporte material de las nuevas conductas colectivas, observadas tanto en el medio urbano como rural, a las cuales me referiré más adelante.

⁸ *Diario de Yucatán*, 14 de mayo de 1999.

Quintana Roo

En 1902 Quintana Roo fue separado del estado de Yucatán y, con una extensión de 50 000 kilómetros cuadrados, adquirió el estatuto de territorio federal. Nombrados por el presidente de la República en turno, los primeros jefes del gobierno fueron militares y posteriormente políticos profesionales. Carecía de representación ante el Congreso de la Unión y no había un congreso local, por consecuencia, se recreó una estructura de gobierno diferente a la de los otros estados de la República. Fue en el año de 1974 cuando Quintana Roo cambió el estatuto de “territorio” por el de “entidad federativa”, es decir, se convirtió en uno de los 32 estados que componen la República Mexicana (César Dachary y Arnaiz Burne, 1990).

La falta de caminos entre las poblaciones rurales y en general de vías de comunicación con el resto del país era mucho más precaria que la de los otros estados de la península. En 1930 contaba solamente con 10 670 habitantes y en cambio para 1970 había dado un salto fuerte alcanzando los 88 000 pobladores. Sin embargo, es a partir de los primeros años de los setenta cuando Quintana Roo sufre un crecimiento demográfico inusitado, más alto que el del resto del país.

Entre 1970 y 1990 el crecimiento promedio anual fue de nueve por ciento (Aguilar Barajas, 1995, 5), tres veces superior a la media nacional. En 1990 contaba con 25 000 cuartos disponibles y recibió más de un millón de visitantes, de hecho es el segundo polo turístico en importancia como generador de divisas. La ciudad de Cancún en poco menos de dos décadas superaba los 250 mil habitantes. La economía del estado descansa en el sector terciario, principalmente en el turismo, que ocupa poco menos de 60 por ciento de la población económicamente activa.

La gente que vive en el estado de Quintana Roo ha tendido a concentrarse en dos municipios: Othón P. Blanco, donde se localiza Chetumal, la capital del estado y Benito Juárez, Cancún. Estos dos municipios por sí solos concentran arriba del 70 por ciento de los pobladores de la entidad (Aguilar Barajas, 1995, 6). La ciudad de Cancún ha tenido un aumento constante de población en un promedio de ocho por ciento anual, lo cual representa más de tres veces la media nacional. La población maya local, tradicionalmente asentada en el sur de la entidad, ha quedado reducida a una minoría.

El Censo de Población y Vivienda de 1990 registra que de la población total de Quintana Roo, 292 000 personas nacieron fuera de la entidad, de los cuales 142 832 (29.2 por ciento del total) son nativos de Yucatán y

4.2 por ciento del vecino estado de Campeche (poco más de 16 mil personas). Cabe decir que durante la década de 1980, que fue la de mayor actividad constructiva, la mayor parte de los trabajadores llegó de Yucatán (Dufresne, 1999). De esa manera, el surgimiento de Cancún inyectó indirectamente una nueva dinámica al proceso de cambio social de Yucatán. Tanto por la vía de la demanda de todo tipo de productos manufacturados, como por la demanda de empleos para la industria de la construcción y turística de dicha entidad. Además, muchas familias rurales siguen recibiendo dinero proveniente de sus parientes que trasladaron su residencia a aquella entidad (Re Cruz, 1996).

Yucatán

En el contexto de la península, Yucatán representa una entidad más diversificada y avanzada en urbanismo. Hasta principios de los setenta, de las tres capitales peninsulares, Mérida era un polo de atracción por su oferta educativa, comercial y de servicios. De frente sobre todo a Cancún, Yucatán se ha convertido en una de las entidades expulsoras de mano de obra hacia las vecinas entidades jalonadas por la industria turística y del petróleo.

En el año 1970 el saldo migratorio intercensal entre Quintana Roo y Yucatán fue de 30 672 personas a favor del primero, mientras que para el año 1990 ascendió dramáticamente a la cantidad de 136 582 personas. Para el caso de Quintana Roo y Campeche el saldo intercensal es igualmente positivo para aquella entidad: de 932 personas en el año 1970 se pasó a 14 019 en 1990.

En efecto, Yucatán ha sido una región eminentemente agrícola y, sin minerales o metales preciosos, definitivamente no formó parte de las regiones ricas durante la Colonia. No obstante que el henequén proyectó a Yucatán al contexto internacional desde la mitad del siglo XIX, durante el porfiriato e incluso hasta bien entrada la década de los cincuenta, se mantuvo relativamente aislado del resto del país.

Tampoco logró constituirse en un foco significativo de industrialización, ni durante ni después del periodo del desarrollo estabilizador (1940-1970), como fue el caso de Jalisco y Nuevo León. De esta suerte, la distribución espacial de su población ha respondido en lo fundamental al desarrollo de su agricultura tradicional (maíz) y de su agricultura de exportación (henequén).

Durante varias décadas la actividad de la industria cordelera representó más del 50 por ciento de la producción industrial de la entidad. Todavía en el año 1965, la participación de las fibras duras fue mayoritaria en los rubros de valor de la producción, capital invertido, personal ocupado, valor agregado y remuneraciones totales. En cambio, para 1980 únicamente aportaba 25.6 por ciento del valor de la producción y brindaba ocupación al 14.7 por ciento de la fuerza de trabajo del sector industrial. En el renglón de la producción agrícola, pasó de 59.6 por ciento del valor de la producción en 1976 a 18.3 por ciento en 1983 y a solamente el 9.8 por ciento en 1990. En consecuencia, la actividad henequenera disminuyó su participación en el PIB de la entidad de 13.4 por ciento en 1970 a 5.9 por ciento en 1983 (Villanueva, 1990, 44-48).

En las estadísticas oficiales recientes ya ni siquiera aparece por separado el renglón de la producción agrícola del henequén. Físicamente el henequén tiende a desaparecer, pero ha dejado un saldo de alta concentración poblacional alrededor de Mérida. Yucatán era pues, hasta hace unos años, una región dependiente de la monocultura, primero sujeta a los vaivenes del mercado internacional y posteriormente subsidiada por las inversiones gubernamentales.

Desde mediados de los sesenta, en la medida en que se agudizaba la precaria situación de la industria henequenera, creció el gasto gubernamental en subsidios e infraestructura para diversos tipos de actividades. Entre 1971 y 1975 éste se triplicó a precios corrientes y se duplicó a precios constantes; de igual forma, entre 1980 y 1984 la inversión pública se volvió a triplicar a precios corrientes. El Estado (a través de Cordemex, S. A. y del Banco Nacional de Crédito Rural, S. A.) se convertía así en uno de los principales agentes financieros del desarrollo de la entidad, de modo que no resulta exagerado afirmar que aproximadamente una tercera parte de la demanda dependía del efecto multiplicador de este rubro (Vera Pren, 1990, 456).

Deprimida ya en forma crónica la agricultura comercial y bajo el influjo de una crisis económica a escala nacional, durante la década de los ochenta la economía de la entidad cambió de eje hacia el comercio, los servicios y otras actividades industriales diferentes a las del henequén, así como agroindustriales (la avicultura, la porcicultura y la ganadería, por citar algunos ejemplos) y la dinámica urbana se convirtió en el pivote del desarrollo regional.

Llegó a su fin un proceso mediante el cual la ciudad dejó de estar sujeta a los vaivenes de la agricultura del henequén y los cítricos. El capital

privado urbano cobró nuevos bríos y presencia, y es hoy día, junto con las menguadas inversiones federales —que llegan mediante programas de “ayuda”—, un factor fundamental del desarrollo regional. Aquella doble dependencia (monocultura-gasto federal), si bien no superada del todo, quedó atrás cuando la actividad henequenera en su conjunto se vio drásticamente reducida y el grueso de la inversión federal se dirigió hacia otros sectores no agrícolas: el turismo y las maquiladoras.

La historia de esta transición económica en Yucatán seguramente hubiera sido otra sin el alivio de las presiones sociales que significó el desarrollo de la industria turística en Quintana Roo.

Mediante esta muy breve descripción de los cambios poblacionales y económicos podemos tener una idea del proceso de rearticulación intraregional en la península de Yucatán. A partir de la década de los ochenta esta región ha registrado las tasas de crecimiento intercensal más alta del país, superando a la región de la frontera norte de México.

Delineado un cuadro histórico-estructural, pasaré ahora al análisis de la dinámica de la “cultura subjetivada” haciendo especial énfasis en la modernidad que lentamente se instala en el medio rural, lo cual no significa, como ya dije antes, la desaparición de las costumbres ni de las tradiciones, sino la incorporación de otras que tienden a ganar un espacio privilegiado en la vida cotidiana de los pobladores mayas y mestizos de esta región.

MIGRACIONES Y MODERNIDAD

Por lo que se refiere a la modernización económica, las débiles *interconexiones* preexistentes entre estos tres estados de la península en el último cuarto del siglo xx cobraron vigor y se diversificaron. Por el lado de los capitales, varias cadenas de hoteles y de supermercados, servicios profesionales de ingenieros, de médicos, entre otros, de origen yucateco cubren hoy toda la península. Se mejoraron las carreteras existentes y se construyeron otras, de modo que ahora existe una carretera que hace un circuito por toda la Península y recorre a Quintana Roo de sur a norte y a Yucatán de este a oeste y de norte de sur. Además, se extendió la electrificación alcanzando al 95 por ciento del total de la población que habita en la península de Yucatán.

Tal *interconexión económica entre capitales y personas* nos permite entender el complejo proceso de cambio cultural acelerado que se está dando

en la región, que ciertamente sólo es nuevo por su intensidad y diversidad. Las migraciones definitivas y temporales que tienden a generalizarse (Re Cruz, 1996, Mossbrucker, 1994 y Dufresne, 1999) reflejan una nueva actitud de los pobladores. Ese intenso movimiento de personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, es un indicador de modernidad, pues cuando en una sociedad rural dada el “orden tradicional” (o comunidad) es aún vigoroso, se observa un énfasis en la estabilidad, el aislamiento y la fijación de los individuos al suelo natal, como queda documentado en el estudio “Los mayas actuales de la península yucatanense”, de Robert Redfield, llevado a cabo en los años treinta y publicado en la *Enciclopedia Yucatanense*.

Por el contrario, en una sociedad urbano-industrializada la movilidad ecológica (de un asentamiento a otro) de las personas suele ser una respuesta de los individuos contemplada en sus expectativas de vida. En las sociedades rurales tradicionales, como ocurrió en Yucatán décadas atrás, la migración no era contemplada sino como una salida restringida y temporal, mientras que en las sociedades urbanas es una de las opciones preferidas de jóvenes y adultos.

Evidentemente, la idea que cada individuo se forma acerca de cómo sobrevivir y de cómo solucionar un problema dado está influida en gran medida por tres factores fundamentales: el entorno social inmediato, la memoria o registro histórico de la colectividad a la cual pertenece y por el contenido de su “mundo simbólico”. En un trabajo más amplio sostengo que precisamente este último se encuentra “secuestrado” por la modernidad (Baños, 2000).

En los treinta Redfield observaba: “las comunidades mayas difícilmente pueden distinguirse de las que no lo son, excepto por lo que se refiere al modo de vida”, que giraba en torno de la milpa. De ese modo para él, “la importancia capital de la agricultura maicera en la vida de los mayas resulta evidente para cualquier estudioso de los indios” (Redfield, 1977, 8). Por lo tanto, la creciente movilidad temporal de los habitantes de las pequeñas poblaciones para asegurar el mínimo histórico de supervivencia, observada en años recientes, indica que las expectativas han sido puestas fuera del estrecho ámbito de la comunidad.

Las nuevas estrategias de vida de los individuos configuran un nuevo tejido social de la península. Los hombres y mujeres, jóvenes y adultos se sienten con las habilidades técnicas mínimas y, sobre todo, predispuestos para incursionar en diferentes arenas económicas. Las migraciones

temporales, ya sean de los pobladores del Oriente de Yucatán hacia la “Riviera Maya”, o las de Calkiní, Campeche hacia Mérida, indican que de cara al futuro los individuos están más instalados en la modernidad que en la tradición. Así se explica la situación paradójica que viven los habitantes de la sociedad rural: mientras la economía real emite todo tipo de señales suficientemente críticas para desalentar la migración, como para que miren “hacia dentro” y revaloren su entorno más inmediato; la propaganda fomentada por el capitalismo los enajena con el mensaje de que el mejor futuro sólo puede encontrarse en las ciudades.

A manera de ejemplo mencionaré que las grandes instalaciones turísticas de Cancún y de la “Riviera Maya”, incluso la ciudad de Cancún misma, representan enclaves concretos y cosmopolitas de la modernidad planetaria. Ahí convergen turistas de varias partes del mundo y empleados profesionales de todas partes del país, con los empleados y trabajadores locales. Estos polos turísticos, para un humilde trabajador proveniente de una pequeña comunidad rural representan simbólicamente una puerta de entrada a la modernidad planetaria. Incluso muchos jóvenes (mujeres y hombres) que van de paseo a esos lugares pueden observar de cerca aquellas imágenes simbólicas del capitalismo e individuos vivientes (turistas, *yuppies*, etcétera) que reiteradamente han mirado a través de los programas televisivos. Cancún, y más recientemente Playa del Carmen, son asentamientos poblacionales que se nutren de una incesante inmigración, en donde muchos de los trabajadores temporales de Yucatán de repente encuentran un empleo fijo y se quedan para establecer ahí su residencia. Las migraciones temporales generalizadas no son casuales, ni son motivadas solamente por la pobreza (Salas, 1997, 294), son producto del “secuestro” del imaginario colectivo por parte de la modernidad.

VIVIENDA Y MODERNIDAD

Por todos los rumbos de la península es muy notorio el paulatino proceso de desaparición de la vivienda maya tradicional.

Cada vivienda ilustra, más allá de las evidencias funcionales, cierto proceso de negociación entre la experiencia y preferencia de los individuos. Armoniosa o conflictivamente, las familias interiorizan las influencias y circunstancias externas para elaborar su espacio de convivencia. Allí se de-

sarrollan los aspectos y tiempos más íntimos de su reproducción, y se explican las mediaciones que introducen entre su desempeño productivo y consumo [Pepin Lehalleur, 1992, 305].

En algunos casos sufre modificaciones ya sea de techo o de pared y piso, y se conserva la estructura del espacio multifuncional. Se observa que las paredes de bajareque y embarro y los techos de guano están siendo sustituidos por otros materiales a veces más endebles que los originales. Pero en otros muchos, y de manera marcada en los últimos años, la vivienda de los campesinos de la región ha sufrido cambios en su estructura completa. Por ejemplo, adoptan una planta rectangular y paredes de bloque, ventanas y techos de bovedilla, como las viviendas urbanas. Obviamente, ni la “remodelación” de las antiguas ni las nuevas viviendas se llevan a cabo bajo la dirección de algún arquitecto y en la mayoría de los casos son producto de la autoconstrucción.

Tales transformaciones vienen acompañadas de un proceso de cambio social mucho muy profundo: el espacio abierto solía ser esencial para la vida cotidiana⁹ y en la actualidad la televisión se encarga de congregar a todo mundo en el espacio interior. Es decir, la vivienda es un ente activo y su poca alteración durante siglos merece una explicación amplia y bien documentada. Por ahora importa señalar que la vivienda típica del campo yucateco había sobrevivido varios siglos sin sufrir cambios radicales (García Preciat, 1977, 412), como los que se observan hoy en día. Decir que se trata de una simple imitación es a todas luces una simplificación insultante. Aquí de nueva cuenta se combinan las viejas y nuevas subjetividades y el resultado es algo totalmente diferente a las dos por separado.

Es un hecho, sin embargo, que aquel bajo impacto urbano, en cuanto a la pautación formal del espacio rural, toma otra dimensión a partir de la década de los setenta, cuando se acentúan dos fenómenos que le van a imprimir al campo una dinámica social bastante peculiar: por un lado, está la crisis de la agricultura comercial y la de autosubsistencia. Y por otro, se intensifica la dotación de servicios públicos a las comunidades, tales como escuelas¹⁰ y energía eléctrica.¹¹ La crisis acelera el lento

⁹ “Al frente de la vivienda, en el espacio abierto se desarrollan actividades sociales aprovechando el ‘fresco’ al caer la tarde. En el espacio abierto posterior se realizan actividades domésticas complementarias como es el caso del cultivo de árboles frutales, hortalizas y la crianza de algunos animales, principalmente aves y cerdos.” (Tello Peón, 1992, 9)

¹⁰ Para Faust (1998, xxv), la televisión y la escuela han reemplazado la tradición oral.

¹¹ Por ejemplo en 1970 de 129 642 viviendas registradas, solamente 68 761 contaban con

desplazamiento de la centralidad de la agricultura en el proceso de reproducción de las familias campesinas,¹² y la penetración de los medios masivos de comunicación propicia cambios muy profundos en la mentalidad campesina.

Todo ello repercute en la organización del espacio para la convivencia cotidiana: el solar, la vivienda y los parques. El espacio de la vivienda, como el de la milpa y el solar, contienen estructuras de poder que también se están recomponiendo. En efecto, cuando la agricultura era el eje central de la reproducción social, el jefe de familia solía ser un verdadero líder de la endoaculturación, el guía y jerarca del grupo doméstico que mantenía bajo su responsabilidad. La organización del espacio presentaba una estructura muy simple y permitía que los miembros de la familia quedaran subsumidos y vigilados por dicha autoridad, incluso en la esfera del patio que era una extensión de la milpa.

La crisis económica mexicana de “baja intensidad” coincide con una coyuntura en la que arrece el acicate consumista a través de la radio y la televisión. Todo ello recrea y a la vez redefine necesidades y expectativas. El consumo básico (maíz, frijol, huevo, calabaza, chile y frutales) incluso empieza a ser alterado con una gran cantidad de productos industriales, de tal forma que se acentúa la necesidad de intensificar y ampliar el uso de la fuerza de trabajo familiar.

La vivienda tradicional, por ejemplo (concatenada a la milpa, más confortable desde el punto de vista climático, y adaptada al medio ambiente), con pocas concesiones a la privacidad comienza a resultar incómoda para la convivencia familiar. El espacio, dice Claval, interviene de diversas maneras en la vida social y, por lo tanto, en el juego de poder. Además, el espacio es uno de los soportes privilegiados de la actividad simbólica: es percibido y valorado de forma diversa por quienes lo habitan. El espacio vive así bajo la forma de imágenes mentales que son tan importantes para comprender la configuración de los grupos y las fuerzas que les da cohesión, así como las cualidades reales del territorio que ocupan (1982, 19-24).

energía eléctrica y, de ellas, 42 109 se ubicaban en Mérida, es decir, apenas un poco más del 50 por ciento de las viviendas registradas contaba con dicho servicio. En 1995 en cambio, la electrificación cubre a más del 95 por ciento de las viviendas: de las 329 598 viviendas censadas, solamente 18 584 no cuentan con ese fluido (*IX Censo General de Población y Vivienda*, 1971; *Conteo de Población y Vivienda*, INEGI, 1995).

¹² Como ya vimos, la agricultura fue desplazada como eje central de la organización y la reproducción social de las comunidades y en su lugar el trabajo asalariado tendió a ganar esa centralidad perdida por la agricultura tradicional.

La suerte de este tipo de vivienda, como la de la indumentaria tradicional, está echada: tienden a desaparecer lentamente. El proceso de cambio físico de la vivienda maya tradicional, sobre todo el radical, no avanza tan rápidamente como pudiera pensarse, porque los individuos que la habitan no tienen los medios necesarios para desechar la que tienen y construir otra.

FAMILIA Y MODERNIDAD

Los estilos de vida rural y urbano tienden a homogeneizarse. Las pequeñas comunidades tanto como las ciudades abrigan una *estructura de empleos polimorfa*: campesinos que son a la vez jornaleros, obreros y comerciantes por cuenta propia; empleados eventuales y autoempleados que engruesan el llamado sector informal de la economía. En tanto proceso histórico, ni el carácter de “sociedad agraria” del medio rural, ni de “ciudad precaria” del medio urbano, han sido superados por completo. *El régimen alimenticio*, compuesto esencialmente de tortillas y atoles con chile como principal condimento y una cantidad moderada de frijoles, que observó Redfield (1977, 16), tiende a quedar atrás, sustituido por un régimen rico en alimentos “chatarra” industrializados.

Las unidades domésticas familiares de esta región de México son modernas en la medida en que presentan una *división del trabajo diversificada* y en que la pluriactividad ubicua de cada uno de los miembros es la característica fundamental. Cuando Redfield analizó la división del trabajo encontró que en las comunidades mayas la especialización era prácticamente inexistente, excepto en algunos funcionarios religiosos. La división de labores, dice, “sigue la estrecha asociación del hombre con el hacha y el machete, y la mujer la del metate, el fogón y el jarro” (1977, 20). Para varios especialistas esta diversificación de labores es un referente crucial para una sociedad y se presta a diversas interpretaciones sociológicas (Ellis, 1998).

Entre otras cosas, tiende a vulnerar los remanentes de la identidad territorial y comunitaria (comunidades desterritorializadas), ya que con extrema facilidad entran y salen de la modernidad objetivada, lo cual debilita las locales objetivas y las prácticas que daban soporte a las identidades tradicionales, inclusive a la identidad étnica (Fossaert, 1994). Por la sencilla razón de que cualquier tipo de identidad social es, como

señala Cohen (1995), producto de una práctica comunitaria simbólica, no es atributo que se hereda o se le coloca al individuo como una etiqueta.

La imagen del indio maya históricamente acotada por los antropólogos tiende a quedar atrás. Los proverbiales quinientos años de colonización no han sido sólo de heroica resistencia, también de envilecimiento y degradación. Las prácticas y las instituciones comunitarias tradicionales se inclinan a ser remplazadas por otras de tipo “modernas”, que constituyen copias o imitaciones de prácticas universales. Por ejemplo, cada lunes por la mañana el pueblo regresa a la “normalidad”, todo mundo de nueva cuenta sale hacia cualquier lugar en busca del “porvenir”, o simplemente de la oportunidad para ganar dinero. La familia se dispersa y solamente se reúne los fines de semana.

La convivencia familiar es muy escasa, los jóvenes prefieren los juegos de fútbol cada domingo, o las fiestas de cumpleaños con “luz y sonido”, con música ya sea de Ricky Martin o de Lou Bega. Muchas de estas actividades colectivas que llevan a cabo los jóvenes indican sobre todo una nueva actitud frente a la vida.

MEDIOS ELECTRÓNICOS Y MODERNIDAD

Poblados, ranchos y toda clase de asentamientos poblacionales pueden acceder como nunca antes a un vasto abanico de información que había estado restringido a los habitantes de las ciudades y a través del cual se convierten en consumidores de imágenes. Como bien señala Pepin (1996), la ruralidad mexicana de hoy no es comprensible por sí misma. La ruralidad es algo más que un conjunto de pequeños poblados donde la mayor parte de sus habitantes se dedica a las actividades primarias. La ruralidad es el resultado de una relación compleja y cambiante entre los diferentes ámbitos de la vida nacional.

Los sistemas locales de televisión, radio y cable conectan a estos pobladores con eventos remotos y, de ese modo, los conocimientos adquiridos localmente se entremezclan y producen conflictos entre posibilidades reales y expectativas (Re Cruz, 1996, Faust, 1998; Dufresne, 1999). Las comunidades rurales mayas que ya traían lo suyo en cuanto a iniquidades y crueldad, ya extraviaron muchas de sus virtudes y con frecuencia asimilaron lo peor de la cultura dominante. Un rasgo más de esta modernidad es que la gente vive entre la ansiedad, el estrés y la frustración, exacerbando el alcoholismo y el suicidio.

Por último, hay que señalar que, como parte de esta modernidad, la pluralidad religiosa está ganando terreno, tanto como la pluralidad política. En el periodo de estudio los grupos religiosos protestantes tienen presencia en prácticamente todas las comunidades y poblaciones de la entidad. Se estima que más de un 20 por ciento profesa una religión diferente de la católica. Por lo que se refiere a la diversidad política, Mérida, en Yucatán, es gobernada por el Partido Acción Nacional desde principios de los ochenta y otros partidos de oposición han ganado algunas alcaldías municipales. En Campeche, donde la fuerza de los partidos de oposición era microscópica, ha avanzado el Partido de la Revolución Democrática y, en las pasadas elecciones de 1998, estuvo a punto de obtener el número de votos mayoritarios para alcanzar la gubernatura del estado. De la misma forma, en Quintana Roo, especialmente en las áreas urbanas (Chetumal y Cancún) los partidos de oposición juegan un papel protagónico (César Dachary y Arnaiz Burne, 1990).

CONCLUSIÓN

En este trabajo he querido mostrar algunas tendencias del cambio social y cultural que tienen lugar en la península de Yucatán y que cobran una cierta especificidad dentro del proceso general que recorre la República Mexicana (Fossaert, 1994; Pepin, 1992 y 1996). Sugiero una reflexión teórica y metodológica de los procesos sociales y culturales contemporáneos. Sobre la base de las nuevas condiciones materiales señaladas, los habitantes de la península tienden a volverse hombres universales, contradictorios, fragmentarios, fugaces y volátiles en cuanto a identidad se refiere.

Pragmáticos por excelencia, la imagen de sí mismos es olvidada y se entregan a diversos mitos que fraguan otras expectativas de vida, en el contexto materialista del mundo occidental, del lujo burgués que tiende a convertirse en una referencia paradigmática. Tendencias, por lo demás, no privativas de esta región, ni siquiera de México, sino de toda América Latina (Calderón, 1995).

La península de Yucatán indudablemente está envuelta por la modernidad, desde la parte más alta hasta la más baja de la pirámide social. Sus alcances son profundos pero todavía no se expresan nítidamente. Quise referirme principalmente al medio rural para golpear las imágenes ya anacrónicas de los campesinos mayas que todavía siguen manejando algunas personas. Estrictamente hablando, a lo largo de la historia de

esta región se pueden reconocer variadas modernidades. A la que me refiero no sólo es una nueva etapa del desarrollo, sino en lo fundamental una nueva actitud, la cual expresa, no obstante, características metamórficas, ambiguas y diversas de las identidades culturales. La modernidad mexicana ha querido ser luz de sí misma, cosa que no ha conseguido y, en cambio, la sociedad mexicana se vuelve cada vez más un lugar lleno de claroscuros, por no decir de señales confusas entre esa modernidad que no termina de desarrollarse y las tradiciones que se niegan a morir. Es muy claro que la modernidad occidental no termina donde comienzan las comunidades campesinas.

En las últimas décadas del siglo xx el anacrónico proceso de modernización económica se extendió y de ese modo posibilitó un extraordinario dinamismo multicultural que acentúa el perfil polimorfo de actores sociales, de clases sociales casi nunca plenamente estructuradas, de elites políticas y sociales permanentes desde el periodo colonial, de sociedades regionales en pugna constante con el poder central. En fin, permitió la convivencia de ideologías nacionalistas con ideologías extranjerizantes.

Si algo nuevo han traído a la región los recientes aires de globalización es una reconfiguración del tejido cultural, donde exterioridad e interioridad constituyen una sola unidad. De un lado tiende a homogeneizar la cultura y de otro a ensanchar las desigualdades económicas. Bajo estas condiciones, la población mexicana mayoritaria sólo puede esperar un cambio de forma de sus condiciones de pobreza y empobrecimiento de su patrimonio cultural.

Ante esta tendencia, una recuperación crítica de la memoria histórica y una reconstrucción institucional local serían una condición para iniciar la revitalización de la "otredad", derivada de un consenso democrático que permita una modernización socialmente incluyente, en el marco de tradiciones adversas y condiciones internacionales y nacionales difíciles.

OTHÓN BAÑOS RAMÍREZ
E-mail: bramirez@tunku.uady.mx

FUENTES CONSULTADAS

LIBROS Y REVISTAS

- Aguilar Barajas, Ismael
1995 "Población y economía en el estado de Quintana Roo: algunas consideraciones de la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 1, enero-abril.
- Appadurai, Arjun
1996 *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.
- Baños Ramírez, Othón
2000 "La modernidad rural mexicana a fines de milenio. El caso de Yucatán", Mérida, en proceso de publicación.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann
1968 *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Calderón, Fernando
1995 "Modernización y ética de la otredad. Comportamientos colectivos y modernización en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, año LVII, núm. 3, julio-septiembre.
- Campos García, Melchor
1995 "La política yucateca en una etapa de crisis económica. Regionalismo, autonomía y separatismo, 1808-1835", tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Casas Mendoza, Carlos A.
1992 "La imaginación rota: notas conceptuales para el análisis de identidad y el cambio sociocultural", *América Indígena*, vol. LII, núm. 3, julio-septiembre.
- César Dachary, Alfredo y Estella Ma. Arnaiz Burne
1990 *Quintana Roo: sociedad, economía, política y cultura*, México, CEEICH-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cohen, Anthony P.
1995 *The Symbolic Construction of Community*, Londres, Routledge.
- Cheymol, Marc
1994 "La modernidad: ¿Ruptura o construcción de identidades?", en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas H. (coords.), *Modernización e identidades sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Claval, Paul
1982 *Espacio y poder*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Dufresne, Lucie
1999 *Les mayas et Cancún*, Montreal, Les Presses del Université de Montreal.
- Ellis, Frank
1998 "Household Strategies and Rural Livelihood Diversification", *Journal of Development Studies*, vol. 35, núm. 1, octubre.

- Farris, Nancy
 1984 *Maya Society under Colonial Rule*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Faust, Betty Bernice
 1998 *Mexican Rural Development and the Plumed Serpent*, Connecticut y Londres, Bergin & Garvey.
- Fossaert, Robert
 1994 “Modernización e identidades. México en el centro del nuevo mundo”, en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas H. (coords.), *Modernización e identidades sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- García Preciat, José
 1977 “Historia de la arquitectura”, en *Enciclopedia yucatanense*, t. IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán.
- Garza, Gustavo y S. Rivera
 1995 *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*, t. I, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática/El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Germani, Gino
 1972 *Sociología de la Modernización*, Buenos Aires, Paidós.
- Giddens, Anthony
 1991 *Modernity and Self-Identity*, Stanford, Ca., Stanford University Press.
 1994 “Living in a Post-Traditional Society”, en Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Reflexive Modernization. Politics, tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Cambridge, UK, Polity Press.
- Gil Villegas, Francisco
 1997 “El fundamento filosófico de la teoría de la modernidad en Simmel”, *Estudios Sociológicos*, vol. XV, núm. 43, enero-abril.
- Giménez, Gilberto y Ricardo Pozas H. (coords.)
 1994 *Modernización e identidades sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Harvey, David
 1990 *The Condition of Postmodernity*, Cambridge MA & Oxford UK, Blackwell Publishers.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia
 1988 *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México.
- Hiernaux, Daniel
 1993 “Región, regionalismo y modernización en América Latina”, *Ciudades*, año 5, núm. 18, abril-junio.
- Joseph, Gilbert M.
 1986 *Rediscovering the Past at Mexico's Periphery: Essay on the History of Modern Yucatán*, Alabama, University of Alabama Press.

- Kumar, Krishan
1995 *From Postindustrial to Postmodernity*, Londres, Blackwell.
- Luke, Thimoty W.
1996 "Identity, Meaning and Globalization: Detraditionalization in Postmodern Space-time Compression", en Paul Heelas, Scott Lash y Paul Morris, *Detraditionalization. Critical Reflections on Authority and Identity*, Cambridge, Ma., Blackwell.
- Macossay Vallado, Mauricio
1988 *La agroindustria henequenera yucateca. Una visión global*, Mérida, Universidad Autónoma de Chapingo/Centro Regional Península de Yucatán.
- Mossbrucker, Harald
1994 "La modernización en Yucatán. Acerca de la interrelación entre hábitat, historia y cultura", *América Indígena*, vol. LIV, núm. 3.
- Moseley, Edward y Edward D. Terry (ed.)
1980 *Yucatan. A World Apart*, Alabama, University of Alabama Press.
- Pepin Lehalleur, Marielle
1992 "¿Hacia una sociabilidad urbana en el campo mexicano? Reflexiones a partir de la desunión de producción y consumo", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, mayo-agosto.
1996 "Entre ruralidad y urbanidad, la fuerza del lugar", en Hubert C. de Grammont y Héctor Tejera Gaona (coords.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. II, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés.
- Re Cruz, Alicia
1996 *The Two Milpas of Chan Kom. Scenario of a Maya Life*, Albany, NY, State University of New York Press.
- Redfield, Robert
1977 "Los mayas actuales de la península yucatanense", en *Enciclopedia yucatanense*, México, Gobierno del Estado de Yucatán.
- Salas, Hernán Javier
1997 "Los trabajadores temporeros en el Valle del Aconcagua: identidad social y cultural", *Revista Mexicana de Sociología*, año LIX, núm. 3, julio-septiembre.
- Solé, Carlota
1998 *Modernidad y modernización*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Tello Peón, Lucía
1992 "La vivienda en Yucatán: su espacialidad y esencia", *Cuadernos de Arquitectura*, núm. 5.
- Vera Pren, Tomás
1990 "Las transformaciones de la estructura socioeconómica de Yucatán en

el contexto del desarrollo capitalista del sureste a partir de la posguerra”, en Othón Baños Ramírez (ed.), *Sociedad, estructura agraria y Estado en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.

Villanueva Mukul, Eric (coord.)

1990 *El henequén en Yucatán. Industria, mercado y campesinos*, Mérida, Maldonado Editores.

Young, Eric van

1991 “Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas”, en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región e historia en México (1700-1850)*, México, Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México.

Zepeda Patterson, Jorge (ed.)

1988 *Las sociedades rurales hoy*, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Conacyt.